

dijo al primero:—"Señor, no se quiere rendir el General Salazar."—"Pues que le prendan fuego á la casa." Luego Rangel desistió de su idea y fué personalmente, porque así lo exigían los sitiados para suspender el fuego.—"¿Quién es el General Salazar?"—preguntó Rangel al grupo de valientes que hacían resistencia. Y el más simpático de entre ellos dió un paso al frente y contestó:—"Yo; servidor de usted." Rangel puso su tropa á las órdenes de Salazar, pero éste dijo:—"Nada, nada, Rangel; á cumplir con su deber." El Capitán Juan González hizo un guiño á Salazar para que aceptase.—"Déjalo cumplir con su deber."—dijo Salazar al sacerdote patriota.

A Rangel exigió Salazar antes de rendirse, la seguridad de su vida y de la de sus otros compañeros, pidiendo atenciones para su compadre el Coronel Jesús Ocampo, herido gravemente de dos balas durante la refriega. Rangel se lo prometió bajo palabra de honor, que fué quebrantada el día 21.

A la salida de Amatlán, los exploradores de Tapia y Solano marchaban con los soldados imperialistas de Orozco. Vencedores y vencidos llegaron á Uruapan el 20. Allí recibió Méndez la ley del 3 de Octubre y para aplicarla á los prisioneros principales mandó constituir la Corte Marcial, la cual con festinación sentenció á muerte al General de División José María Arteaga, al General de Brigada Carlos Salazar, al Teniente Coronel Trinidad Villagómez, al Coronel Jesús Díaz y al Capitán Juan González. El jefe traidor Pineda y un escribiente se presentaron á levantar el acta de identificación de las personas y á notificarles que serían pasados por las armas á la mañana del siguiente día. Los cinco liberales oyeron impávidos su sentencia sin objetar nada.

Al salir de la prisión la mañana del 21, á las cinco, para ser fusilados, Arteaga flaqueó; entonces Salazar dándole el brazo le dijo:—"Apóyese." En el cuadro Salazar se des-

brochó la camisa, enseñó á los ejecutantes de la sentencia dónde quedaba el corazón, porque siendo desleales les temblaría el pulso y le harían padecer. "Me despidió de todos mis amigos y les ruego que no se manchen con el crimen de traición. Voy á enseñar cómo muere un leal republicano asesinado por traidores." Y quedaron sin vida los cinco valientes.

La toma de Amatlán fué una compra hecha desde Uruapan, cuando dos jefes se incorporaron á los liberales y andaban en secretos con Solano y Tapia. Este recibió tres mil pesos. El castigo no se hizo esperar: los dos que tramaron la venta fallecieron á los pocos días; uno de ellos de fiebre á los dos de la sorpresa en Amatlán.

Aunque fuera de tiempo, al saberse en México la toma de la plaza, una comisión de personas honorables se acercó á Carlota para que influyera en que no fuesen fusilados los prisioneros. Contestó: "Hay que matar á los bandidos, para que sirva de ejemplo de moralidad."

Méndez enseñó á los prisioneros el decreto de 3 de Octubre y dijo al General Pérez Milicua: "Debían haber sido fusilados todos, pero sólo he atacado el tronco y apartado las ramas: con eso es suficiente." Además, le enseñó una carta de Maximiliano en la que aprobaba su conducta y lo ascendía á general de brigada. Terminaba ordenando á Méndez que propusiera a Riva Palacio el canje de los prisioneros belgas que lo habían sido en Tacámbaro el 11 de Abril. "Si no acepta Riva Palacio, fusile á todos." Eran treinta y cinco. (1)

## ANGEL POLA.

1 Los datos de esta biografía han sido ministrados al autor por la Sra. Tecla Preciado, Generales José María Pérez Milicua y Francisco de Paez y Troncoso, Coronel Manuel García de León, Jesús Ocampo, José Vicente Villada, Amado Rangel y Jacinto Hernandez, Rafael Cano y José Felipe Cortés.

Debido al apresuramiento en la formación de esta biografía, se puso en la imprenta 1829 á la fecha del nacimiento de Carlos Salazar, debiendo ser 1832. Conste.

## ALEJANDRO GARCÍA.

1818-1872.

El hombre de que ahora nos vamos á ocupar, ofrece á la historia un aspecto interesante. No abundan muchos de su tipo. Más que un hombre se trata de una cualidad, pero una hermosa cualidad personal.

En nuestro empeño por formar una galería

biográfica, hemos labrado ya algunas esculturas, pero el trabajo no está cumplido: aun quedan algunos pedestales que piden sus estatuas. La historia nos ofrece su oro y la crítica su molde. Vaciamos ahora la de un buen militar.

Alejandro García, es costeño: nació en la ciu-

dad de Campeche y fué bautizado en la parroquia principal. Hé aquí el curioso documento en que se expresa este acto religioso:

"Nicamor Salazar, cura interino, etc.

Certifico: que en el libro 25 de bautismos de esta parroquia principal y al folio 100, se registra con el número 1241, una partida cuyo tenor literal es como sigue: Jueves, 30 de Junio de 1818, recibió solemnemente el santo bautismo un niño blanco, que nació el día 27 de dicho, hijo legítimo de D. Gerónimo García y de Doña María del Rosario Marín, naturales y vecinos de esta ciudad, nieto por la madre, del capitán Don Alejandro Marín y D<sup>a</sup> María Angela Escalera, y por el padre, de D. Manuel José García y Doña Salvadora Ramirez, etc. Yo, el Pbro. Don J. María Montero, con licencia *inscripcio* del propio párroco, hice este bautismo, advertí á los padrinos el parentesco espiritual y las obligaciones que contrajeron con el ahijado y sus padres, impúsele los nombres de Alejandro Pedro Gerónimo: díle por abogado á San Román mártir, etc., etc., etc."

Los primeros años de esta vida pertenecen principalmente á los trabajos lentos de su educación doméstica y escolar. Poco diremos sobre este punto. Sería muy importante examinar las circunstancias íntimas que sirvieron para determinar aquel carácter; pero ante la dificultad de acertar seguramente con ellas, nos abstenemos de semejante estudio. En cuanto á la educación científica, nada nos ofrece de extraordinario; no era nuestro hombre para esta clase de progresos. El desarrollo que vamos á presenciar no es el de un hombre de ciencias, á no ser que hablemos de cierta ciencia infusa, la de la honradez y el patriotismo, cuyo aprendizaje no se hace en ninguna escuela, sino que resulta espontáneamente del corazón y de la elevación del carácter.

Muy joven todavía abandonó el puerto y se trasladó á la Capital de la República. Llegó á ésta atraído por su vocación dominante: la carrera militar. La época se ofrecía entonces propicia y adecuada para este género de aspiraciones, la vida pública era un proceso de conflictos, de evoluciones violentas y de estremecimientos sociales. En la suprema inestabilidad de los elementos nacionales, en aquella sucesión rápida de acciones y reacciones políticas, bastaba un poco de iniciativa personal para conquistar á saltos, desde las más humildes hasta las más elevadas insignias de la graduación militar. Había un desencadenamiento tempestuoso de los elementos políticos que derribaba de improviso y levantaba de improviso también. No había presilla segura en los hombros de los audaces, ó caía arrebatada

por la tempestad, ó se sustituía por una presilla de mayor significación.

Hay en nuestra historia largas carreras militares, hechas en un *minuto* de temeridad revolucionaria.

Los acontecimientos sociales registrados hasta hoy en los anales de la existencia nacional, presentan como es natural, determinado carácter que llamaremos carácter histórico, y que no es otra cosa que la relación necesaria de la época en que tuvieron lugar.

Los personajes que sobresalen en el orden vulgar de los seres, los que merecen el nombre de grandes, no lo han sido nunca sino como una consecuencia más ó menos accesible al juicio, de los tiempos en que aparecen.

Los "Liberales Ilustres" son por sí mismos suficientes datos para clasificar la naturaleza social á que pertenecen, así como los frutos de un árbol indican el terreno material y la clase de vegetación que los produjo.

Podemos descubrir en el curso de nuestra historia, movimientos de un orden que no parecen pero que en realidad son incoherentes: algo de ciencia, algo de artes, algo de industria, pero nó, esto no es lo propio sino lo extraño. El movimiento lógico, el que corresponde á la edad del pueblo, debe ser político, porque las sociedades, así como los individuos, ántes que otra cosa tienen necesidad de poseer una organización. No nos podríamos explicar sucesos que no fueran de esta última clase, si no tuviéramos sobre nuestra civilización, la influencia de civilizaciones superiores, que como la europea, tiene prolongaciones de su cultura y entra como uno de tantos factores en la complejidad de los sucesos locales. Para la lucha por nuestra organización, nos despertó el grito de Septiembre: había un vínculo de fierro entre la colonia y la Metrópoli y hubo necesidad de quebrantarlo; había un obstáculo en el fanatismo y la preponderancia religiosa y hubo necesidad de allanarlo. Así lo ha querido la ley de nuestro desarrollo: cuestión de vida.

Muchos de los hombres que figuraron como elementos activos de esta evolución, pasarían tal vez inadvertidos del verdadero papel que han desempeñado en la vida social. Hay en los seres que constituyen una sociedad algo de ese instinto biológico que infunde á la celdilla en el cuerpo humano y al hombre en el cuerpo social la necesidad de perfeccionar el organismo á que pertenecen.

Por eso hemos dicho antes que el movimiento dominante, la revelación esencial y característica de la acción social es necesariamente político, todo el interés de nuestra historia está allí. Los acontecimientos sociales frutos son que resultan de la humanidad, como las flo-

res de las plantas. En el efecto flor, hay una concurrencia de multitud de causas: el ambiente, la temperatura, el meteoro, la tierra, el agua, etc., etc. Algo más complicados se presentan los fenómenos de la sociedad, un hecho cualquiera es la expresión sintética de multitud de factores asociados, muchos de ellos sin apariencia individual y dispuestos misteriosamente para producir un fenómeno. Cuando la concurrencia de elementos es suficiente, cuando ha tenido lugar de una manera proporcional, cuando se ha cumplido la ley, entonces resulta el suceso armonioso, el fenómeno perfecto que nos impresiona; pero cuando hay insuficiencia en los elementos, cuando la combinación no es completa, resulta la discordancia y la tendencia divergente, tiene que abortar por la premadurez de su origen.

Este es el criterio, como que el historiador nacional debe hacer el examen de los hombres que figuran en la historia patria. Es el tono que deben hacer cada vez más enérgico y terminante los que se ocupen de la filosofía histórica. Orientar al ciudadano, fijar el cauce en que debe correr todo aquello que se dedica al bien general, es lo mismo que acercarse á la fórmula del patriotismo sólido, consciente y útil.

Hay en la vida del hombre que tenemos bajo nuestras observaciones muchas cualidades importantes; pero no todas ofrecen la misma intensidad. Dos hay entre ellas que son constantes y subrayan, digamos, en toda su extensión la existencia de aquel que las ostentaba. Hablo de la lealtad y la perseverancia de este soldado.

Quien como García principia su carrera por un grado insignificante en el ejército y asciende lentamente, con la gravedad de todo lo que se labra á fuerza de méritos; quien como él sirve en el Cuerpo nacional de artillería desde 30 de Marzo de 1836 hasta 28 de Junio de 1863; quien sirve como él cerca de treinta y seis años mortales de luchas, peligros y tormentos, sin descanso alguno, *sin una licencia*, como dice la hoja brillantísima de sus servicios, indudablemente posee una voluntad formidable.

En aquellas épocas de constantes revueltas en que las atracciones poderosas de los éxitos revolucionarios, resolvían bruscas direcciones en el ánimo de las mayorías; en aquellos tiempos en que bastaba la perspectiva feliz de la causa en vía de triunfo, para *desmoralizar* la fidelidad de los militares sin convicción, Alejandro García resultaba siempre como una excepción noble, en medio de las defecciones, en medio de las traiciones del ejército.

Basta reproducir aquí la parte relativa de un certificado extendido por el General de

Brigada Don Domingo Echegaray, en 1847. Se trata de una acción de guerra en Tabasco contra el invasor norteamericano; dice:

... "rechazó al enemigo en un punto llamado la Seiva cerca de San Juan Bautista, haciéndolo retirar en precipitada fuga. También se halló en la acción de Tamutlé de las Barrancas, etc., etc., y que por la superioridad del número se le dejó dueño del campo, después de haber resistido lo posible hasta dejar bien puesto el honor de las armas nacionales. . . . . hizo una expedición á Jonuta con el objeto de hostilizar al enemigo por aquel rumbo; mas no habiéndolo logrado regresó á la Capital, donde permaneció hasta el 16 de Noviembre que una asonada militar desconoció mi autoridad, lo expulsó conmigo por no haber querido tomar parte en la rebelión."

La simple relación de este episodio nos ahorra el trabajo de ensalzar detenidamente el carácter de este hombre, pues lo referido por el General Echegaray respecto de un hecho particular, pueden referir todos los superiores de todos los cuerpos en que sirvió y en todos los lances desgraciados en que él tomó parte.

García es la encarnación del militar. Pero en la historia de México la palabra *militar* tiene una significación que corresponde en el espíritu á la concepción sintética de algo así como de gente púnica ó soldadesca romana de los tiempos de Galva, Othón, Vitelio, etc.

Los pueblos nunca se levantan sin razón, y el nuestro se agitó sin descanso desde 1810 hasta 1876, no como creían nuestros detractores del viejo mundo, por simple turbulencia de un natural incorregible, sino por efecto de la necesidad que tiene todo pueblo de luchar por su independencia.

Con muy pocas escepciones los caudillos en este país, han tenido dos maneras de ser muy distintas entre sí. Aventureros que buscan en los azares de la guerra el botín de los puestos más encumbrados, que disponen de una gran voluntad para mostrarse desinteresados, generosos y nobles, mientras tienen necesidad de los favores populares, jamás cortos hasta para los que aparentan dedicarse á su servicio.

Y luego, cuando han logrado el objeto de sus desvelos, cuando el flujo de la popularidad los remonta hasta las alturas del poder, se revela en ellos toda la miseria de sus almas frágiles, toda la flaqueza del corazón vulgar; el *abnegado* se ha convertido en ambicioso de intereses personales, el *generoso* se descubre y deja ver su doble fondo de rufián, el *noble* se hace evidente en acciones sanguinarias, en actos impuros de una conducta dirigida por los resentimientos infames de la pasión. Arrebatan á los ciudadanos como camino despoblado los

derechos y las garantías que acaban de consignarse en los documentos de nuestra libertad. de esta libertad ganada y perdida en tantas ocasiones trágicas cuyos recuerdos tienen de dolor inmenso, y visiones de martirios heroicos. . . . .

Hánse atemorizado las nobles tentaciones del patriotismo sujetando á forzada abstinencia las aspiraciones á la libertad. Háse amargado tanto este sagrado amor natural, que para no abjurar de él ha sido necesario ofrecerse á la terrible vocación de vivir para su servicio. Y á fuerza de gravar la actividad política de los ciudadanos, haciéndolos expiar con los más duras consecuencias el más ligero empleo de ella; á fuerza de exaltar con honores y recompensas la indigna quietud de los sumisos, se ha llegado á paralizar poco á poco la vida política sustituida por el estancamiento de una larga indolencia; perniciosa humedad del carácter social donde se forman todas las vegetaciones asquerosas del servilismo y abyección de los pueblos.

Y os dirémos de una vez que el instrumento, la horrible máquina con que los tiranos de siempre han conseguido triunfos tan funestos sobre las libertades del pueblo, ha sido: el ejército.

Y Alejandro García fué miembro de ese ejército, fué si se quiere un tornillo de la máquina de tiranía y opresión. Bajo el Gobierno de Bustamante fué subteniente de la 7.ª Compañía de la 4.ª Brigada de artillería. Bajo el Gobierno de Santa-Anna, capitán de Ejército y Teniente Coronel de infantería y artillería. Así ha contribuido á sostener administraciones odiosas al país y gobiernos liberticidas.

Todavía más: no era Alejandro García de aquellos con quienes se pudiera contar para introducir nuevas instituciones públicas ni para sustituir las ya establecidas. Como militar dispuso muchas veces de considerables elementos. Con ellos hubiese podido ofrecer importante ayuda á los movimientos políticos que se organizaban contra los gobiernos establecidos. Pero en sus manos aquellas fuerzas, no sólo no se resignarían á guardar una actitud de inacción sino que estarían destinadas á la irremediable fatalidad del cumplimiento del deber, aunque fuera con daño de la prosperidad y desarrollo de los gérmenes más fecundos de una revolución progresista y redentora.

La imparcialidad de la crítica que juzga á los hombres de la historia, marcha en sus estudios sobre riele de diamante para descubrir la verdad. No puede torcer su camino: la imparcialidad no se ajusta á todas esas preocupaciones de la pasión violenta siempre con la for-

ma real. Cree que la inmortalidad está en el juicio indestructible y rígido que señala su derrotero en el campo de las investigaciones arrojando consideraciones y sentimientos, echando puentes de hierro sobre las debilidades de la simpatía tan dispuestas á presentar las cosas con todas las aberraciones de su interés.

Decimos esto en explicación de algo que pudiera tacharse de inconveniente en nuestras apreciaciones. Presentamos á nuestro personaje, tal como lo vemos en la historia; no gustamos de forjar esa clase de figurones inverosímiles de la novela caprichosa y del drama arbitrario, en que se personifican las alegorías abstractas de las virtudes y los vicios. Examinamos á un hombre y no una creación novelesca; por eso tenemos que presentar esa alterna de errores y laudables acciones de factes oscuras y brillantes, de extravíos y rectificaciones de la conducta, que en conjunto constituyen el adjetivo humano que califica la cualidad de los caracteres sociales.

Alejandro García fué soldado; pero tuvo el gran defecto de haber sido el tipo eminente del soldado intachable.

En esta actitud se le encuentra con toda la corrección, se le ve desde la altura de las brillantes cualidades de un carácter perseverante y leal.

Los magníficos soldados no son para las épocas sociales de formación; el soldado que sirve, bajo protesta de sostener una situación pública determinada, declara que hace abstracción de las necesidades biológicas impuestas por el desarrollo natural de los pueblos que atraviesan por un período de organización. El ejército es una institución conservadora, y ésta era la unidad fundamental del carácter de García, que lo mantuvo siempre de parte de todos los gobiernos sucesivamente establecidos en el país, aunque de uno á otro sea fácil descubrir radicales diferencias de programas, tendencias y doctrinas políticas.

Pero la historia nos dice precisamente que en las vicisitudes públicas, el ejército si era consecuente con los despotismos poderosos y triunfantes, era desleal y adverso en los momentos supremos y difíciles de la caída; y Alejandro García estuvo siempre muy distante de estas tristes flaquezas: firme en la bonanza y firme en la desgracia. La historia nos dice que si estas volubilidades del ejército tienen también su parte de influencia en el restablecimiento de la libertad, á cuyo servicio se ha puesto siquiera en las postrimerías de los gobiernos tiránicos, cierto es también que no ha ofrecido nunca garantías á la estabilidad de esas instituciones, siempre amagadas por ese mismo ejército sin convicciones y propenso á

la hostilidad ante la primera perspectiva de una reacción cualquiera, con tal que tuviera el éxito por condición; y Alejandro García, era una garantía, una magnífica garantía de lealtad y de firmeza.

Podía la vigilancia del gobierno distraerse cuanto quisiera, seguro siempre de encontrar á este hombre en el lugar mismo del que desde mucho antes habían desertado ya los perjuros. Y aquí es donde nos permitimos llamar la atención de todos para que nos digan si no es grandeza, si no es abnegación la de este hombre en pie siempre, inalterable y resignado á las catástrofes que abaten las situaciones políticas, que bien pudieron lanzar sobre él su mirada última, seguras de encontrarle con la actitud pompeyana del soldado ántes muerto, que infiel al terrible puesto, en que tan pocos héroes el honor ofrece.

Quien así cumple preciso es que tenga definido concepto de algún deber; el del soldado al menos. Se nos podrá preguntar si debe proceder la absolución para aquel que prefiere ser un excelente militar en condiciones tales de anomalía social, que para ser un militar excelente hay necesidad de ser un mal ciudadano. Se nos hará el cargo de aplaudir la subordinación por el solo hecho de ser ciega, y erigir en precepto de moral cívica la perseverancia cuando es para sostén del brazo que subyuga y tiraniza. Se nos hará esta pregunta: ¿por qué no se retiró á tiempo de aquel ejército que solamente servía para asegurar la impunidad del dictador? ¿por qué tanta constancia aun para esa causa odiosa, contra la cual se levantaban los más vehementes sufragos de la libertad y la redención?—Quién sabe... fuerte, muy fuerte es la objeción histórica: procuráremos, sin embargo, advertir: que aquella sumisión al deber militar aunque ciega, no fué, sin embargo, arbitraria. La idea de este deber, si fué la misma por lo que siempre tuvo de irrevocable para ser cumplida, nada tiene de común entre dos épocas de la historia por la diferencia de principios que le tocó sostener. Aquel deber fué cada vez más ilustrado y más consciente. Fué marchando á pasos lentos hácia la perfección, sin que ningún hecho demuestre retroceso en este camino. Muchos en su lugar, después de servir á un gobierno como el de Alvarez, se hubiesen ajustado con igual conciencia, é insensibles á la discordancia moral de lo incompatible, al ya proscrito Santa-Anna, á quien de nuevo se entregaran si contra el bien de la patria, en algo hubiesen llegado á valer los planes desatentados de aquel ridículo y malogrado Coriolano.

Pero Alejandro García, y en esto consiste la

noble propiedad de su carácter, se aparta y mucho del corte vulgar de aquellos compañeros, de aquellas gentes de estado, contemporáneos suyos que hicieron del oficio de las armas unos, y del oficio de la política otros, un *modus* lucrativo de llegar á personal prosperidad en las riquezas para hacerse de mucho poder ó á personal prosperidad en el poder, para hacerse de muchas riquezas.

Aquí no hay ley; no hay más que la preponderancia del "yo" que es como la inscripción indeleble de las conciencias estrechas, en cuyo hogar cualquiera que sea el fuego que se encienda, nunca, noble deber en él quema parte siquiera de su precioso combustible.

En García no encontramos esta inestabilidad. Le vemos bajo la influencia de cambios progresivos, como fenómenos ordenados de un espíritu sujeto al necesario proceso de su formación, pero no la discordante evolución del saltimbanqui político, ni el mercenario soldado, ligeros como pluma para dejarse llevar á impulso del viento dominante de la situación. Su convicción nunca volvió atrás; había personalidad en sus actos. El acabó por donde es necesario al varón prudente, al paso que otros muchos acaban por donde no es permitido sino á la juventud cuitada.

Pero si todavía no fuera suficiente cuanto acabamos de ver, aun resta preguntar, hasta dónde hay personalidad en los actos de un servicio que significa tan escasa autoridad como la suya que bajo el despotismo corresponde á gerarquía tan baja en la escala militar; todavía es de justicia preguntar hasta dónde queda compensada esta cooperación, que es la de un átomo en la fuerza que sustentaba al César; la exígua porción con que él contribuyera al principio á obstruir el triunfo de la regeneración, con los servicios por él prestados á la santa causa, con la suma de energía por su fidelidad ahorrada á la vigilancia de los gobiernos liberales necesitados de confianza para hacer al bien público provechosas aplicaciones de su fuerza y su entusiasmo.

Todavía es justo investigar hasta dónde la buena fe de este soldado, la naturaleza misma de tan firme perseverancia, es parte á purificar, todavía más, á convertir aquello que parece inconsecuencia en prueba inesperada de la severidad y corrección de su conducta. Todavía es necesario saber hasta dónde fué en él tardía la obra de la inteligencia para naturalizar con sus ideas, las tempestuosas formas de la naciente democracia, y hasta dónde en fin, es necesario á ciertas complejiones, el concursó de los tiempos y los hechos para completar la impresión simpática, el fenómeno de la inteligencia y el sentimiento combi-

nados en tanto como es indispensable al correligionario para sacrificarse por sus credos. De una ú otra manera, si el hecho de preferir un deber, el de soldado, á otro deber, el del ciudadano; si el hecho de haber consagrado toda su actividad al servicio militar en detrimento de la parte de acción ó cuando menos de protesta pasiva que como mexicano debía oponer al despotismo que pesaba sobre la patria, constituyen una responsabilidad, sea, pero la responsabilidad siempre quedará reducida por los grandes números de circunstancias atenuantes. Será un delito de culpa si se quiere, que la historia puede perdonar, si se atiende á que no hay dolo, que no hay mala fe, sino la fuerza mayor de las tiranías en que la responsabilidad alcanza á cada sumiso que se doblega á la opresión.

Tal vez nos hemos detenido más de lo necesario en este punto que nosotros consideramos sin embargo, de importancia capital. Nos hemos quitado de la conciencia el horrible peso de esta cuestión, que por ardua y delicada para nuestro hombre hubiese querido nuestro afecto evitar, si no fuera cargo mayor para el espíritu dejar por malicia de cumplir nuestra misión. Hemos servido así, con más honra al biografiado que desde este momento empieza á manifestarse con toda claridad.

Alejandro García es un liberal, pero pertece á cierto género que no tendríamos dificultad en llamar liberal conservador, como antes hemos dicho ya. Pero es necesario no confundirlo con el *conservador* que en nuestros hechos públicos, fué ayer, es hoy, y será siempre la abominable contradicción del progreso y la libertad del hombre. Fué conservador Alejandro García, como lo sería hoy Juárez si viviera, hácia las instituciones que salvó de las intrigas políticas y tempestades del retroceso. Fué conservador, pero en tanto que significa falta de ese inquieto temperamento del innovador. Respetuoso siempre, y siempre reverente hácia las instituciones sociales, no sintió nunca en sus ideas el impaciente achaque de la iniciativa temeraria de la cual estuvo muy lejos por incompatibilidad moral. Pero no era estacionario; poco á poco era verdad, pero de una manera sólida, fué adelantando en la misma progresión de nuestros acontecimientos públicos, contra las cuales influyó sin duda, pero no tanto como después por ellas.

Y decimos que fué un verdadero liberal, porque mientras le vemos aceptar con relativa facilidad de que es capaz un espíritu constante como el suyo, el triunfo de las instituciones regeneradoras implantadas sobre los antiguos gobiernos autocráticos y dictatoriales; bajo cuyos auspicios inició su carrera militar;

mientras que parece haberse persuadido ante la elocuencia de los éxitos y las popularidades de la democracia; mientras que sus servicios en otras causas no pasan nunca de la vulgaridad propia á las acciones en que se cumple sólo por obligación, por esa obligación que no se alienta con la efusión lírica del espíritu que se enamora del deber; mientras sucede todo esto, vemos después cómo se muestra intransigente y hostil á la idea de la restauración fraguada por los antiguos santanistas, por los viejos conservadores que adoptaran para este atentado público al archiduque Maximiliano que con ser de sangre dinástica no la hiciera valer tanto en sus costumbres de gobierno como el plebeyo dictador que Ayutla arrojó al destierro; vemos cómo resiste á las seductoras proposiciones hechas por un personaje caracterizado de la nueva situación, en circunstancias tales que esta era un hecho, mientras el gobierno liberal no era más que una utopía; cuando los enemigos de la Constitución ya contaban con una perspectiva de indestructible seguridad al paso que la libertad, cuando más favorable sólo vivía de aventuradas conjeturas de remota victoria; vemos con cuanto fervor se consagra para siempre á la defensa de los principios constitucionales, y con qué entusiasmo acepta el grave conflicto en que se luchaba con el corazón y con el cerebro; en que había por cada soldado una dualidad guerrera; el hombre de sentimientos contra los enemigos de la patria y el hombre de ideas contra los enemigos del progreso.

En tales condiciones nada tiene de extraño que Alejandro García, se caracterizara por lo extraordinario de sus cualidades. Allí está Palaloapam y otros puntos de la Costa de Veracruz, que pueden atestiguar esta verdad: donde estuvo García, allí hubo trabajo, vigilancia, fuego encendido, inextinguible para la libertad y el patriotismo.

Algun tiempo después del triunfo de la República, reuníanse en un banquete los jefes que más populares hizo la intervención.

Los brándis animados por el recuerdo de las hazañas fuertes, y los sangrientos episodios de los héroes, aludían á gloriosos campeones que tanto se distinguieron combatiendo la invasión. Después de calurosas alocuciones, toca á su vez hacer uso de la palabra, al más notable de los capitanes en la época á que nos referimos y vive hoy casi en la oscuridad: declaró con emoción que era de toda justicia rendir un homenaje á un valiente general de quien hasta ese momento no se había hecho mención; un general que no tenía semejante entre sus compañeros, por ser el único que no había pisado nunca tierra ocupada por el invasor: ese